

CRISTINA PRADA



ERES MI MILLÓN
DE FUEGOS
ARTIFICIALES

*Tú eres mi millón
de fuegos artificiales*

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Tiaré Pearl
© Imagen de la cubierta: Sean Pavone, Mke Orlov, EFKS / Shutterstock

Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-84-08-25603-8
Depósito legal: B. 4.171-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Holly

Costa oeste de Estados Unidos. California. Rancho Palos Verdes. Instituto John Fitzgerald Kennedy, mi instituto. Me llamo Holly Miller y paso el setenta por ciento de mi tiempo aquí, la mayor parte en compañía de mi mejor amiga en el mundo entero, Sage, mi compinche. Estar con ella es increíble. Nos gustan las mismas cosas y tenemos un millón de planes diferentes: iremos juntas a la universidad de Berkeley, yo me convertiré en una prestigiosa fotógrafa y ella, en una importante abogada, y nos mudaremos a Los Ángeles para poder pasear por Hollywood Boulevard cada día.

Supongo que debería empezar por contaros que no nací aquí. El lugar en el planeta Tierra en el que aterricé está a dos estados de distancia, concretamente en Texas, y, siendo un poco más específicos, en su ciudad más poblada, Houston. Hace cinco años mi padre encontró un buen trabajo aquí y nos trasladamos. María, mi tía, la hermana de mi madre, también vino con nosotros. Siempre hemos estado juntos. No importa que solo seamos nosotros tres. Somos una perfecta pequeña familia.

Vivimos en una casa sencilla y bonita que mi padre restauró con sus propias manos, no por nada es el mejor contratista de la ciudad y yo no podría estar más orgullosa de él. Tenemos un precioso jardín con un enorme árbol en la parte trasera. Me encanta asomarme a mi ventana y cerrar los ojos con la mirada al frente. En mi imaginación desaparecen las otras casas, los árboles se agachan

en una reverencia y veo el mar, el faro y el mar. Es mi postal favorita.

Cada noche me pongo el despertador temprano... pero cada mañana lo apago de un manotazo en cuanto suena, por lo que mi meticuloso horario siempre cae en saco roto y acabo saliendo disparada hacia la ducha una hora más tarde, corriendo con el pelo húmedo de vuelta a mi armario y desayunando mientras termino de ponerme los zapatos.

* * *

—¿Otra vez tarde? —inquire Sage.

Resoplo, dejándome caer en el asiento del copiloto de su Ford Gran Torino de 1972, y es que, a mi amiga, aunque parezca una muñequita, al ser menudita, rubia y con los ojos azules, le encantan los coches y las carreras de la NASCAR.

—Mejor no preguntes —doy por toda contestación.

—Holly —me llama mi padre, armándose de paciencia, cuando estamos a punto de irnos, bajando los cinco escalones, y cruza el camino de enormes piedras gris y marrón claro que separa nuestra puerta de la acera—. Tu libro —se explica, alzando suavemente el tocho de francés que lleva en una de las manos.

Sonrío, culpable. Sí, la puntualidad no es lo mío y, sí de nuevo, puede que sea un poquito desastre, pero tengo una buena excusa: mi cabeza siempre está en las nubes, haciendo planes, imaginando mi futuro, buscando nuevas fotografías o perdida en el último libro que estoy leyendo. Tercer sí, me encanta leer, devorar todos los ejemplares que caen en mis manos y vivir mil y una aventuras sin ni siquiera moverme del sillón. ¿Lo entendéis ahora? Mi mente está ocupada, superpreparada para soñar en cualquier momento.

—Lo siento —me disculpo, con la misma sonrisita culpable, al tiempo que cruzo los brazos sobre el hueco que deja la ventanilla bajada y me asomo.

—Te dejarías la cabeza atrás si no la llevaras pegada a los hombros —me reprende, divertido.

Llega hasta mí y me tiende el libro con una sonrisa.

—Buenos días, señor Miller —lo saluda mi amiga.

—Buenos días, Sage.

—¡Buenos días! —saluda mi tía, saliendo prácticamente al trote de la casa en dirección a su coche, aparcado justo delante de nosotras.

Ella también llega tarde y también se le da muy bien eso de irse a las nubes.

—Creo que es hereditario —comento, socarrona, encogiéndome de hombros.

Mi tía hace una parada logística junto al Gran Torino de Sage para darme un beso.

—Te quiero muchísimo —dice sin soltarme.

—Y yo a ti.

—Deja un poco para los demás —bromea mi padre solo para fastidiarla.

Ella se separa alzando las manos.

—Tienes que ser más rápido, Sam Miller —responde.

Acto seguido, reemprende la carrera hacia su coche, provocando que mi padre sonría otra vez.

—Ten cuidado —le pide este cuando la ve acelerar su viejo Volkswagen y alejarse calle arriba al tiempo que se pone el cinturón de seguridad.

—Tu tía podría ganar en Indianápolis, estoy segura —apunta Sage.

Mi padre y yo sonreímos. Mi tía es una pasada.

—Vosotras tened cuidado también —nos recuerda, señalándonos a las dos alternativamente con el índice.

Ambas asentimos.

Él nos devuelve el mismo gesto, satisfecho, y se inclina para darme un beso en la coronilla.

—Aunque no sé de qué me preocupo, eres la chica más responsable del mundo —me dice—. Te quiero.

—Te quiero —repito.

No me importa que mi madre no esté, porque los tengo a ellos dos y son los mejores.

Mi padre se aparta, gira sobre sus talones y se dirige hacia la casa. Sage arranca.

—Ahora vamos a quemar la ciudad —anuncia, grandilocuente. Asiento y cumplo con mi parte de la misión. Encender la radio y subir el volumen.

Ya tenemos dieciocho años. Este es nuestro último curso de instituto y este será nuestro último verano antes de que todo cambie. *Wanna be*, de Robbie Nevil, comienza a sonar.

* * *

Cruzamos las puertas del instituto entremezclándonos con un centenar de alumnos. El JFK es como cualquier otro centro de secundaria de California: un precioso y clásico edificio de piedra blanca, el césped verde y el mismo número de descapotables que de camionetas en el parking. Sin embargo, tenemos algo que no tienen los demás, la joya de la corona del JFK y el orgullo de la ciudad: los Lions.

Los Lions. Hay quien podría pensar que es solo un equipo de fútbol, pero no podría estar más equivocado. El instituto entero, la ciudad, respiran por y para ellos. Han sido campeones de los estatales tres años seguidos. El JFK y todo Rancho Palos Verdes son su territorio. Su Camelot.

Al igual que ocurre con la auténtica realeza, además de los propios jugadores de fútbol, los Lions lo conforman también su corteo, lo que es lo mismo, los que ellos permiten que se relacionen con el equipo: las animadoras, comandadas por Becky Simmons, y la indiscutible reina de los pasillos del John Fitzgerald Kennedy: Bella Grant, con sus inseparables amigas, Sol Woods y Skyler Chang. Las tres guapísimas, siempre a la moda y con una innata capacidad para echarse el pelo hacia atrás con un golpe de muñeca.

Y como en todo reino que se precie, está el rey: Jack Marchisio. Número catorce de los Lions, quarterback y capitán del equipo, miembro del cuadro de honor y guapo a rabiar.

Siguiendo la lógica de nuestro particular Camelot, Jack y Bella han sido, son o serán novios. La verdad es que no les presto demasiada atención, y sobra decir que yo no existo para ellos. Creo que jamás he cruzado una palabra con ninguno, y no es una situación

a lo película de Netflix, donde tenemos un pequeño punto de unión que será la semilla para volvernos inseparables. Jack y Bella y yo vivimos en universos completamente opuestos, que marchan en paralelo y nunca, jamás, colisionarán.

A mí me van los libros, el taller de fotografía, sacar buenas notas para asegurarme un buen futuro y... ¿he mencionado ya los libros? Tengo a Sage y no necesito nada más. Además, no es mi única amiga; aparte de mis ciento cuarenta y dos seguidores de Instagram, hay más gente en este instituto que sabe que existo y que es francamente guay, como Harlow o...

—Hola, renacuaja —me saluda, dándome un pellizco en la cintura.

Tennessee Day.

Pego un bote, suelto un gritito, me giro y le doy un manotazo, todo a la vez, mientras él sonríe, encantado, al tiempo que se deja caer sobre la taquilla vecina a la mía.

—Eres lo peor —me quejo, divertida—, y deja de llamarme renacuaja, solo eres dos meses mayor que yo.

—Puede ser —contesta sin ningún remordimiento—, pero en ese tiempo he aprendido mucho.

Tuerzo los labios mientras saco el libro de historia de mi taquilla.

—No saques libros —protesta Tennessee, melodramático—, aún no ha sonado el timbre.

Mi sonrisa se ensancha.

—Por pensar así suspendiste el último parcial de literatura.

—Lo suspendí porque el señor Casavettes me odia.

—No es verdad —lo defiendo—. El señor Casavettes no odia a nadie.

Es mi profesor preferido de mi asignatura preferida. Adora los libros y sabe contagiar ese entusiasmo a sus alumnos. Además, es divertido y amable, y no nos trata como a ganado, cosa que se agradece.

—Lo dices porque con vosotras no se comporta igual que conmigo.

Mi sonrisa se vuelve más burlona. Hay dos cosas que nuestro profesor de literatura detesta: que se juzgue un libro sin haberlo

leído y la idea de que, si juegas al fútbol, automáticamente hay que hacerte una reverencia al pasar. Es un friki de la literatura y recompensa a sus iguales, es decir, a Sage, a mí y al resto de los gusanitos de biblioteca del JFK.

—Me discrimina por ser un Lion —apunta, curvando los labios hacia abajo, pretendiendo hacer un puchero que nos conmueva.

Tennessee es el número sesenta y ocho, el tackle ofensivo izquierdo.

—Tiene *Lionfobia* —comento, socarrona.

Sage, a mi lado, sonrío.

—Quizá, si probaras a leer un libro, Tennessee Day... —deja en el aire mi amiga.

—Tal vez si lo leyeras conmigo, Sage McMillan —le propone.

Al oírlo, ella pone los ojos en blanco y yo rompo a reír. Es una especie de ritual: Tennessee le tira los trastos a Sage y Sage simula que no ha oído absolutamente nada. No os confundáis, llevan así desde los doce años y es pura costumbre. Estoy segura de que, si un día ella lo tomara en serio y le contestara «sí, Tennessee Day, vamos a leer algo de Scott Fitzgerald en horizontal», él se quedaría pálido y, acto seguido, echaría a correr, conmocionado.

—Por favor —me quejo, sin poder dejar de sonreír; ese es el motivo por el que, que me finja escandalizada ahora, no surte ningún efecto—, no quiero oír vuestros ligoteos.

—Ah —replica Sage, haciendo un círculo con la mano frente a ella, como si buscara captar una presencia—, pero ¿había alguien hablando?

—Ya caerás —contesta él.

—Cuando el infierno se hiele y la fría costra de sus piedras muera buscando calor —le rebate ella, poética.

Tennessee frunce el ceño, perdido.

—Cuando te leas un libro —lo fastidia.

Él lo piensa un segundo.

—Una novela gráfica, ¿vale? —plantea.

—La literatura es literatura —tercio yo, encogiéndome de hombros y ganándome una mirada de reprimenda de Sage.

—Gracias, renacuaja —suelta, encantado, Tennessee.

Sonrío, rindiéndome al hecho de que nunca va a dejar de llamarme así. Nos conocimos cuando acababa de mudarme. Es mi vecino de al lado y, como Sage, un enamorado de los coches, así que, cuando vio a mi padre trabajando en su Chevrolet Chevelle Slammer en el patio trasero, dejó caer el balón con el que estaba practicando en su jardín y fue hasta nuestro garaje. Le preguntó a mi padre si podía sentarse a verlo trabajar, prometiendo no hacer ruido, cosa que incumplió bastante rápido. Tennessee Day es la persona más curiosa de la historia de la humanidad y siempre tiene una pregunta que hacer; mi padre dice que en eso somos iguales. Él aceptó y, desde entonces, vino a verlo cada día, incluso continúa haciéndolo alguna vez ahora.

Así nos hicimos amigos, por proximidad geográfica y un clásico de cuatro ruedas. Creo que fue básicamente ese mismo día cuando Tennessee decidió que, a falta de un hermano mayor, él ocuparía el puesto, y se lo toma muy en serio, por lo que así, también, pasé a llamarme «renacuaja» por alguien que aún no dominaba la motricidad gruesa cuando nació.

—¿Qué vas a hacer después de clase? —le pregunto.

—No lo sé, creo que pasaré por el Red Diner con los chicos...

—Tenn —lo interrumpe una voz, pasando a nuestro lado.

Por inercia, sigo el sonido y me topo con Jack Marchisio. Él le hace un leve gesto con la cabeza a su amigo sin detenerse, apremiándolo a que lo acompañe. No nos mira, creo que ni siquiera es consciente de que Sage y yo habitamos su mismo continente, y continúa caminando.

—¡Voy! —grita Tennessee—. Nos vemos después, renacuaja —se despide, prestándonos atención de nuevo y pellizcándome otra vez.

Yo vuelvo a quejarme, llevándome la mano a la cintura, pero él se larga antes de que pueda darle otro manotazo.

Frunzo el ceño, pensativa. Supongo que, después de todo, sí que tengo una conexión con Jack. Al fin y al cabo, Tennessee es, junto a Ben Rivera, su mejor amigo, y los tres juegan en el equipo de fútbol. Nunca lo había visto de esa forma.

—¿Te has fijado? —me pregunta Sage, apoyando la espalda en su propia taquilla.

Asiento sin prestarle mucha atención, concentrada en encontrar mi estuche en mi mochila. ¿Dónde demonios está? Estoy segura de que lo he metido esta mañana.

—Es superinjusto —protesta.

—¿El qué? —inquiero.

—Que esté tan bueno —responde con la misma seguridad que si enunciase una teoría matemática demostrada un millón de veces.

Frunzo el ceño, ¿de quién está hablando? Saco la cabeza de mi mochila y miro hacia donde ella ya lo hace.

—¿A quién te refieres?

—A Jack Marchisio, todopoderoso rey de los Lions —contesta, burlonamente ceremoniosa—. ¿Te has fijado? —insiste—. El pelo castaño, los ojos verdes y ese uno ochenta de cuerpo de anuncio de vaqueros. Es increíblemente injusto —asevera, malhumorada, parafraseándose, y otra vez es toda seguridad.

Sonrío. No voy a negar la evidencia. Jack es guapísimo y tiene un cuerpo de infarto, moldeado a base de partidos de fútbol y entrenamientos interminables a pleno sol, bajo la lluvia o sobre el barro, pero también es muchas otras cosas, entre ellas, arrogante, odioso y engreído, y su única prioridad es el fútbol. Lo siento, pero la gente así no me va. No la necesito y no la quiero cerca.

—Es guapo —le doy la razón, y vuelvo a sonreír porque he encontrado mi estuche—, pero... ya —sentencio, encogiéndome de hombros por tercera vez a falta de encontrar una palabra mejor.

—¿Cómo que ya? —replica, al borde de la indignación.

—Pues ya —me reafirmo, cerrando mi taquilla y disfrutando del sonido de la puerta metálica encajando en el marco de chapa justo antes de echar a andar. Dirección: clase de historia.

Sage resopla, ruidosa y exasperada, y me sigue con el paso pesado, consiguiendo que mi sonrisa se ensanche.

Sé que para el noventa y ocho por ciento de las chicas del JFK suena superraro, incluso incomprendible, pero yo lo tengo claro: Jack Marchisio, rey de los Lions, no es para mí.

* * *

—Tanta prisa tenéis por llegar, gusanitos —dice Bella con su habitual tono, meticulosamente estudiado para sonar condescendiente, afilado y clasista, pasando a nuestro lado para entrar en clase de literatura.

Gusanitos. Gusanitos de biblioteca, en realidad, es nuestro mote oficial. Nuestro y de cualquier persona a la que cualquier Lions haya visto leyendo por voluntad propia o conozca el camino hacia la biblioteca. Francamente, ni siquiera me importa. Me gustan los libros y no tengo ningún problema con ello. No soy estúpida, sé que lo usan como un insulto, pero el hecho de que sea así dice más de ellos que de nosotras.

—No, por favor —responde Sage, cediéndoles el paso a ella y Skyler, que, a su lado, sonrío, orgullosísima de ser la primera dama de la abeja reina—. Las sin cerebro siempre pasan primero.

Sonrío.

Bella y Skyler se vuelven sin estar muy seguras de lo que acaban de oír. Fulminan a Sage con la mirada y ella se encoge de hombros, fingiéndose inocente.

—¿Has dicho algo? —inquire Bella, antipática.

—¿Yo? —replica mi amiga, melodramática, mientras ocupamos nuestros asientos en primera fila—. ¿Atreverme a hablar en vuestra presencia? Jamás —añade con el sarcasmo escapando por cada célula de su piel.

Yo, a su lado, me muerdo el labio inferior para no romper a reír. Eso es lo genial de la ironía en general y de Sage en particular; la domina tan bien que a veces es incluso complicado saber si está hablando en serio o no.

—Más te vale —la amenaza Bella, dirigiéndose al fondo de la clase subida a sus tacones—. Comportate, gusanito.

Sage pone los ojos en blanco y yo vuelvo a sonreír abiertamente.

Creo que no hay una sola persona sobre la faz de la tierra con la que podríamos tener menos en común que con Bella Grant.

—Abrid vuestros libros por la página ciento cincuenta y dos —nos pide el señor Casavettes entrando en el aula y cerrando la puerta a su paso—. Quiero que os fijéis en el poema. Harry, ¿quieres leerlo para nosotros?

—Vamos, señor Casavettes —protesta el aludido sin un gramo de vergüenza, con su uno setenta y muchos estirado a lo largo de su silla—, no me haga esto. Es un poema.

—Gracias por tu observación —replica, socarrón, nuestro profesor—. Nunca habríamos podido llegar a esa conclusión sin tu ayuda.

Sonríó. Tiene un sentido del humor genial.

—Lee —insiste.

—¿Va en serio? —plantea Harry.

—Va a ser que sí —sentencia el señor Casavettes.

Harry resopla y, a regañadientes, carraspea y empieza a leer.

—En senderos no transitados, entre la vegetación a orillas de charcas estancadas,

fugitivo de la vida ostentosa, de todos los valores proclamados hasta aquí, de los placeres, ganancias, convenciones...

Al principio simplemente sigo la lectura, pero, sin pretenderlo, el poema comienza a engullirme despacio, haciéndome sentir cada palabra. Es realmente precioso, aunque no sé de qué me sorprendo, Walt Whitman es increíble. Si en vez de haber nacido en 1819 lo hubiese hecho en los setenta, estoy segura de que se habría convertido en una estrella del rock, con canciones alucinantes que hablarían sobre que nada está escrito; que nunca, jamás, debemos rendirnos con la persona que queremos ser, con nuestros sueños.

—¿Qué creéis que nos quiere decir Walt Whitman con este poema? —pregunta el señor Casavettes, paseándose entre las mesas.

La clase guarda un silencio sepulcral. Los libros les dan miedo, los poemas les dan terror.

—Animaos. Walt Whitman ya nos dejó. No va a demandaros si decís una completa estupidez. Yo, en cambio —añade, burlón, torciendo los labios—, puede que sí que lo haga. Comprendedme, he de aguantar muchas estupideces al día.

Vuelvo a sonreír.

Todos continúan callados.

—¿Nadie?

Más silencio.

—Está bien —reconduce la clase—. El dedo ejecutor —pronun-

cia con voz grave, agitando la mano, sin dejar de moverse entre los pupitres— elige a Harry —concluye, señalándolo.

—Señor Casavettes —se queja con más ímpetu que antes—, ya he leído el poema.

—Por eso te pregunto, hoy sé que lo has escuchado. Eso no pasa muy a menudo.

—Uff —resopla de nuevo, viéndose obligado a pensar—, no sé... ¿De salir a dar una vuelta? Ha dicho senderos, ¿no? Es una de esas palabras superantiguas para decir caminos.

Sage me mira y pone los ojos en blanco, melodramática.

Harry es un Lion. Muy guapo y con un pelazo digno de un miembro de los One Direction, pero creo que tantos golpes en la cabeza jugando al fútbol le han machacado las neuronas.

—Gracias por compartir tu profundidad con nosotros, Harry.

—Un placer, señor Casavettes. Cuando quiera más, aquí estoy —responde, payaso, otra vez sin ninguna vergüenza ni remordimiento y con un punto engraido, una actitud muy de Lion.

Todos sonreímos.

—Gracias, Harry, pero no quiero tener que acabar denunciándote —replica el profesor, y las sonrisas se convierten en risas—. Holly, por favor —me llama, deteniéndose en uno de los pasillos que forman las hileras de mesas—, dame una alegría.

Tuerzo los labios, conteniendo una sonrisa. Me encanta la literatura, así que hablar sobre ella me chifla, pero, en clase, delante de todos, cuando nadie quiere hacerlo, siempre me intimida un poco.

—Habla de la libertad —empiezo a decir, tímida. El señor Casavettes sonrío, lo que me da una pista de que no me equivoco y eso me anima a continuar—, de la lucha por encontrar tu camino.

Luchar, qué bonita palabra en este contexto. Luchar por ser uno mismo, por saber quién eres de verdad.

—Bien dicho, Holly —me felicita, echando a andar de nuevo—. Whitman era un rebelde, alguien que no creía en las normas establecidas y que creía que el ser humano debe inventar sus propias reglas para no sentirse nunca empequeñecido. ¿A quién os recuerda? Vamos —nos alienta—. Sé que estáis pensando en alguien y sé que sabéis que lo sé. Atreveos.

—A Martin Luther King —se anima a contestar alguien.

Nuestro profesor sonrío.

—Gran respuesta. ¿Quién más?

—A Angy Rivera —propone Sage, mencionando a la activista por los derechos de los inmigrantes en Estados Unidos.

—Perfecto —declara, efusivo, el señor Casavettes, señalándola.

—A los protas de *La casa de papel* —apunta Harry.

El profesor se detiene en mitad de la clase y se gira, admirado, hacia su alumno, con satisfacción personal y diversión en la mirada.

—Tú, Harry Jones, me acabas de alegrar el día. ¡Sí! —exclama, y el propio Harry sonrío, encantado—. Parecen ladrones, pero, en el fondo, son mucho más. El personaje de Berlín lo explica a la perfección cuando dice «Las cosas que de verdad son importantes salen caras: la rebeldía, la libertad, los ideales...» —cita una frase del mítico personaje—. Romper las normas establecidas. Una revisión del mito de Robin Hood.

—Morgan Freeman —comentan al final de la aula.

—Nelson Mandela —la corrige el profesor al entender inmediatamente que ha confundido al actor con el político—. Bien. ¿Más?

Nadie contesta. El señor Casavettes continúa paseándose, buscando nuevas respuestas. Más silencio. Él asiente y se dirige hacia la pizarra otra vez.

—Bob Dylan —pronuncia una voz al fondo.

El profesor se gira y lleva sus ojos hasta Jack Marchisio.

—¿Por qué Dylan? —inquire.

Jack se toma un segundo para pensar la respuesta al tiempo que se endereza, con estilo, en su silla.

—Usted ha dicho que Whitman era un rebelde y Dylan también lo es, sus canciones lo son. Tal vez, si Whitman viviese ahora, no sería un poeta, sería una estrella del rock. A veces creemos que todo tiene que estar por fuerza en una casilla, y nos equivocamos. Personas como ellos nos enseñan que podemos ser lo que queramos ser.

Cada frase sale de sus labios como si fuesen ideas sin importancia, cuando, en realidad, está siendo incisivo e inteligente.

El señor Casavettes sonrío y asiente, orgulloso de él. Yo también lo observo, asimilando todavía que haya dicho eso, como si por un

imaginario momento Jack y yo hubiésemos tenido una conversación y hubiéramos llegado a las mismas conclusiones. No tenemos nada en común, así que, que lo veamos igual, aunque sea sobre las canciones de Dylan, me parece sorprendente.

—Esa es la lección que tenéis que sacar hoy de aquí —dice el profesor, volviendo a dirigirse a toda la clase, reemprendiendo su camino hasta la pizarra—. Nada tiene una casilla preestablecida y, si la tiene, esa casilla podrá romperse siempre; los muros caen, los prejuicios mueren. Whitman, Mandela, Dylan... todos lo sabían y vosotros también. Solo tenéis que pensar.

El timbre suena, interrumpiéndolo, y automáticamente todos comienzan a recoger sus cosas.

El señor Casavettes mira, resignado, hacia arriba, como si quisiera enfocar el propio sonido.

—¡No deis por hecho que todo está decidido! —grita, para hacerse oír en medio del barullo que en este momento inunda la clase—. ¡Nada lo está! ¡Haced que cuente!

Escucho su última frase ya de pie, con el libro y mi archivador sujetos entre mi antebrazo y mi pecho.

«Haced que cuente.»

Suena realmente bien.

Química. Español. Biología. La frase del señor Casavettes, toda la clase en realidad, el poema, se convierten en una especie de semillita que no deja de crecer y crecer en mi interior. Este es mi último año de instituto. Ya he cumplido los dieciocho. Será el último verano antes de marcharme a la universidad, antes de que todo cambie y tenga un nuevo comienzo; no debería ser igual que los demás, ¿no? Tendría que marcar la diferencia. Estoy segura de que Dylan se pegó un verano preuniversitario de los que hacen historia.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Sage justo antes de llevarse el tenedor con ensalada de quinoa y zanahoria a los labios. Su madre es una prestigiosa nutricionista en el centro médico Ronald Reagan de la UCLA, uno de los hospitales más importantes de Los Ángeles, y controla la dieta de todos los miembros de su familia con mano de hierro.

Le doy un bocado a mi sándwich de ensalada de pollo y aprovecho esos segundos para darle una vuelta más a todo lo que tengo en la cabeza ahora mismo.

—En lo que hemos visto hoy en clase del señor Casevettes —respondo.

Estamos sentadas en nuestra mesa de siempre en la cafetería. El murmullo de voces y risas y el ruido constante de la cocina secuestra el ambiente, aunque también es extrañamente fácil de ignorar, como si estuviésemos en el ojo de una tormenta.

—¿En qué? ¿En que Harry Jones aprovecha muy bien su cuenta de Netflix?

Sonrío.

—Además de eso —le confirmo, y ella me devuelve el gesto—. Me refiero a todo eso de averiguar quién eres y encontrar tu camino. ¿Nunca te lo has planteado?

Mi amiga medita mis palabras y, finalmente, se encoge de hombros.

—Yo tengo muy claro mi camino: Berkeley, Escuela de Derecho de Stanford, Los Ángeles —afirma, sin asomo de dudas—, y, teniendo en cuenta que nuestros caminos no van a separarse jamás, puedes apuntarte todos esos pasos en la palma de la mano, porque también serán los tuyos. Solo te dejo cambiar cosas de leyes por cosas de fotos —concluye, con una sonrisa que le devuelvo de inmediato.

Que nadie lo dude. Siempre estaremos juntas.

—Creo que no se trata de lo que vas a hacer, sino de lo que tienes dentro —intento explicarme—. Es más profundo.

—Como Harry —bromea.

Las dos sonreímos de nuevo.

Tener metas es importante, pero algo me dice que todo el discurso del señor Casavettes o el poema de Whitman no iban por ahí. Haced que cuente. Eso no tiene nada que ver con la universidad, tiene que ver con cómo somos y cómo queremos ser.

—No sé —suspiro—. Este es nuestro último año, nuestro último verano. ¿No quieres que sea especial?

Sage vuelve a tomarse unos minutos y creo que esta vez doy en el centro de la diana, porque se queda callada, dándole vueltas como yo.

—Hola, chicas —nos saluda Harlow, sentándose a nuestro lado y sacándonos de nuestra trascendental ensoñación.

—Hola —respondo con una sonrisa, cruzando los brazos y apoyándolos sobre la mesa de metal.

—¿Qué hacéis? —pregunta, cogiendo una patata de su bolsa de Lay's. Le robo una.

Lo que Harlow tenga que decir respecto a si estamos viviendo la vida a tope me parece muy interesante. Es nuestra amiga, pero lo cierto es que no se parece a nosotras. Aprueba por los pelos y tiene una vida social envidiable. No se pierde una fiesta y conoce a millones de personas, así que su opinión es un punto de vista completamente diferente al nuestro. Y eso es lo ideal si quieres tomar la mejor decisión, ¿no? Recoger toda la información posible.

—Estábamos hablando del verano y de este curso —empiezo a contarle.

—El último —apunta, alzando las cejas un par de veces.

Creo que acabo de encontrar una aliada.

—Eso mismo digo yo —le confirmo, satisfecha, echándome hacia delante—. Hoy en clase de literatura...

—Tenéis que votar —me interrumpe Tania Landowsky, plantándose junto a nuestra mesa y repartiéndonos, diligente, unos folletos fotocopiados en papel de colores chillones—. En la asamblea anunciaremos cuál ha sido el tema elegido para el baile de graduación.

Le echo un rápido vistazo a la octavilla, que explica justamente eso.

—Es importante —nos recuerda, señalándonos con el índice por turnos.

Las tres asentimos, obedientes, y ella nos devuelve el gesto antes de dirigirse a su siguiente objetivo, es decir, la mesa de al lado.

Un nuevo murmullo se levanta en la cafetería. Tres novatos del equipo de fútbol se ponen en pie y salen disparados hacia la cola para recoger la comida, colocándose al principio de la fila, desoyendo las protestas de los demás. La mesa llena de chicas junto a la puerta empieza a susurrar y Bella, en la suya, la mesa oficial de los Lions, lleva su vista hacia la entrada. Por inercia yo también lo

hago, y en ese preciso instante Jack Marchisio aparece, flanqueado por Tennessee y Ben, como si fuera el comandante de un ejército y ellos, sus leales lugartenientes; a su alrededor, más Lions.

Jack camina decidido, con ese andar, en teoría, despreocupado, pero que al mismo tiempo anuncia que está listo para entrar en cualquier pelea y ganarla.

Llega hasta la mesa donde lo espera Bella. Apenas se sienta, otra vez entre sus mejores amigos, los novatos del equipo aparecen con tres bandejas de comida y las colocan delante de ellos como si fueran sus camareros personales en un restaurante de lujo. Pongo los ojos en blanco. Por supuesto, el rey de los Lions no puede perder el tiempo en cosas tan mundanas como hacer la cola en la cafetería.

Uno de los jugadores dice algo y Jack rompe a reír y, por un segundo, tengo la sensación de que el pequeño universo que conforma esa zona de la enorme sala, toda la cafetería en general, se paraliza. El chico que ha hecho la broma está orgulloso de haber conseguido hacer reír a Jack; el resto de los jugadores ríen solo porque él lo ha hecho, y todas las chicas están hipnotizadas por el sonido de su risa. Camelot, el JFK, están rendidos a sus pies.

Lo observo con un poco más de interés científico, no solo a él, sino a todos, hasta acabar con mis ojos posados en Bella. Ella es la clásica persona cuya vida parece formar parte de un meticuloso plan donde todo sale siempre como desea. Me pregunto si alguna vez se ha planteado si ha encontrado su camino o no, si es la persona que quiere ser. Quizá no le preocupe, aunque, con franqueza, tengo la sensación de que, sencillamente, lo tiene claro. A su manera, equivocada o no, Bella sí que hace que cada día cuente.

Y de repente tengo una especie de catarsis mística, de esas que, si fueras un francés del XIX, acabarías escribiendo una obra de dieciséis tomos: tengo que ser como Bella. Mi sentido común entra en modo de alarma y dentro de mí suena el «meeccc» de respuesta incorrecta de los concursos de la tele. Está bien. Lo admito. Ha habido un error de planteamiento. Lo reformularé: tengo que empezar a tomarme la vida como se la toma Bella, todos los Lions, en realidad. Disfrutar de una vida social burbujeante, ir a fiestas, beberme una cerveza aunque no tenga veintiuno, conocer chicos, sa-

borear todo lo que se supone que significa ser joven. Dejar que a veces la balanza se incline un poco hacia el lado menos responsable, pero claramente más divertido.

Pero ¿cómo demonios consigo eso?

Desde esta mesa de la cafetería, comportarme como la elite suena terriblemente complicado.

Necesito un plan.

Una estrategia.

Y puede que un esquema con tarjetas de colores.

Esta noche me encargaré de todo eso. Asiento, satisfecha. Mi vida está a punto de convertirse en un poema de Whitman.

El pitido de los mensajes del móvil de Sage comienza a sonar. Ella lo coge, veloz, y abre el WhatsApp, concentradísima.

Yo estoy disfrutando tanto de la sensación de saber qué es lo que tengo que hacer que no soy consciente de que aún no he levantado los ojos de la mesa de Jack Marchisio. Veo a un chico de primer año que pasa junto a ellos con la bandeja del almuerzo en las manos.

Rick, un Lion, estira la pierna completamente a propósito, poniéndole la zancadilla, y no sé qué pasa primero, si la bandeja sale volando o sale volando el sonido, a medio camino entre un grito aspirado y un resoplido, que el chaval suelta al verse caer. De cualquier forma, termina dándose de bruces contra el suelo, con la comida esparcida a su alrededor.

Todos comienzan a reírse de él, incluso lo señalan.

—Fijaos —se regodea Rick de su mísera hazaña—, es un completo idiota.

Cabeceo, asqueada. ¿Cómo pueden ser así? ¿De verdad no hemos superado ya todas esas estupideces? Me estoy incorporando para ayudar a ese pobre chico cuando alguien levantándose llama mi atención. Jack se pone en pie con la expresión seria y el cuerpo tenso. Él no se ha reído. Ni Tennessee. Ni Ben. Siempre están los tres juntos.

Jack camina hasta Rick y se detiene frente a este lleno de seguridad. Planta la palma de la mano en la mesa y, despacio e intimidante, se inclina sobre él.

—¿Te crees muy gracioso? —le pregunta, aunque no usa el tono adecuado y suena como una auténtica advertencia—. Con esto lo único que has demostrado es que el mayor gilipollas de toda la puta cafetería eres tú.

Rick traga saliva.

—Lo siento, capitán —se disculpa de inmediato, con una mezcla de miedo y respeto.

Sin embargo, Jack lo ignora por completo, se incorpora y se acerca al chico, quien, arrodillado en el suelo, está intentando recoger la comida. Jack le tiende la mano sin decir una sola palabra. El muchacho lo mira. Sabe quién es. Todos lo saben. Acepta el ofrecimiento y se levanta.

—Gracias —pronuncia.

Jack tampoco dice nada ahora. Se gira y, con una sola mano, toma la bandeja de Rick, que aún no había probado bocado.

—Vamos —se queja el jugador, pero no va más allá ni hace el amago de detenerlo de ninguna manera.

Jack le ofrece la bandeja al chico; el chaval al principio la mira, dubitativo, pero el hambre pesa más y finalmente la coge.

—Gracias —repite.

—¿Y qué se supone que voy a comer yo? —plantea Rick—. ¿Cómo voy a aguantar el entrenamiento?

Jack lo mira, pero lo ignora estoicamente, malhumorado.

—Haberlo pensado antes de hacer el gilipollas —le recrimina Tennessee, sentado en la mesa.

—Solo ha sido una broma —trata de defenderse, enfurruñado.

—Pues no ha tenido ninguna gracia —replica Bella, aunque ella sí que se ha reído.

Rick sigue protestando, otros contestan, empiezan a hacerle bromas, incluso Harry le tira una servilleta convertida en una bola y vuelve a formarse un familiar murmullo mientras Jack observa al chico alejarse y sentarse a un par de mesas de distancia. Tengo la sensación de que quiere asegurarse de que nadie más lo molesta.

Frunzo el ceño, con la curiosidad por bandera. ¿Por qué se ha comportado así? Quiero decir, no conoce a ese chico de nada y

prácticamente a la totalidad de los Lions les ha parecido una broma, si no graciosa, común, aunque sea más que obvio que no ha sido lo primero y nunca debería ser lo segundo. Ellos son así. Los populares siempre lo son. ¿Por qué Jack lo ha defendido, entonces?

Otra vez estoy sumergida tan a fondo en mis pensamientos que no soy consciente de que sigo observando a Jack Marchisio. Él, de vuelta en su sitio, alza la mirada sin ningún motivo en especial, nuestros ojos se encuentran y me pilla completa y absolutamente de lleno.

Cazada.

¡Maldita sea!

Aparto de inmediato la vista, pero, por muy rápida que he sido, es obvio que se ha dado cuenta de que lo contemplaba. Vale. No pasa nada. Debe de estar de lo más acostumbrado a que lo miren, ¡pero es que yo no lo miraba por eso! No quiero que de pronto dé por hecho que ha ganado una *groupie* más.

—¿Nos vamos? —le propongo a Sage, que sigue ensimismada con su teléfono.

Ella asiente.

—Sí, claro —me confirma, con los ojos todavía en su *smartphone*.

Nos levantamos, puede que yo un poco más veloz, no voy a negarlo, recogemos nuestras bandejas y nos dirigimos hacia la puerta.

Estoy enfadada, eso tampoco puedo negarlo. Jack Marchisio ya tiene el ego lo suficientemente grande, no necesita creer que es el centro de atención de una chica más en este instituto. Yo nunca me colgaría por un chico como él, jamás me interesaría. Es arrogante, odioso y engréido; además, es un Lion y, como a todos, lo único que le importa es el fútbol.

Empujamos la puerta de la cafetería y salimos al pasillo. Sage está sospechosamente callada. La observo y solo necesito un segundo para saber lo que pasa.

—¿Estás leyendo en el móvil? —pregunto, divertida, entornando los ojos sobre ella.

—Es que el libro está en un punto demasiado emocionante

como para dejarlo para comer, dormir o escuchar a la gente a la que quieres —protesta a modo de contestación.

Aunque quiero hacerla sufrir un poco, no puedo más y sonrío. La entiendo perfectamente. Y así de rápido se me olvida el malhumor. Los libros tienen ese efecto, incluso aunque solo sea por tenerlos cerca.

Afortunadamente las clases hacen el resto para que lo ocurrido con Jack Marchisio se esfume de mi mente. No obstante, puede que sí le haya dado un par de vueltas a lo que ha pasado con el chico de primero en la cafetería. Ha estado bien ver cómo ha conseguido que Rick se achantase después de lo que ha hecho, aunque eso no cambia lo que opino de él. Con toda probabilidad, ese comportamiento solo ha sido la excepción que confirma la regla. Además, haber sido decente con ese chaval era lo que debía hacer, como todos debemos ser los unos con los otros.

Tras la última clase, paso un rato en el taller de fotografía, aunque bien podría llamarlo mi taller, ya que soy la única miembro. Revelo el carrete con las fotos que tomé en Redondo Beach el fin de semana pasado y a eso de las cinco estoy de vuelta en casa.

—Hola, renacuaja —me saluda Tennessee, sentado en el suelo de la entrada de mi garaje, apoyado en la rueda del Chevrolet de mi padre, pasándole herramientas mientras este está tumbado sobre una camilla mecánica, bajo el coche.

—Hola —respondo, alegre—. Hola, papá —añado, inclinándome un poco, aunque ni de lejos lo suficiente como para poder verlo.

—Hola, cariño —contesta—. ¿Qué tal el día? —continúa, con cierto esfuerzo reflejado en su voz; debe de estar atornillando algo pesado.

—No me puedo quejar.

—Hoy en clase de literatura ha vuelto a demostrar por qué es el ojito derecho del señor Casavettes —le cuenta Tennessee con una sonrisilla.

—Yo no soy el ojito derecho del señor Casavettes —replico—. Bella es la preferida de todos los profesores.

Tennessee asiente a mi contraargumento.

—Puede que de todos —me confirma—, menos del señor Cavettes. El puesto de mascota de la clase de literatura es todo tuyo —sentencia, burlón.

Le hago un mohín, conteniendo una sonrisa.

—Eres lo peor —protesto, achinando los ojos sobre mi proyecto de hermano mayor.

Él sonrío, encantadísimo, y me da una palmada en la porción de suelo a su lado para que me siente. Yo quiero seguir enfadada un poco más, pero la sonrisa me gana la partida. Me encanta pasar tiempo con este idiota.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto, acomodándome junto a él.

—Agotador —resopla—. Creía que el entrenamiento no iba a acabar nunca.

No sé mucho de fútbol, pero sí que la posición en la que juega Tennessee es una de las más duras del ataque, bloqueando la defensa del equipo contrario para que pueda darse la jugada. Su misión es proteger al quarterback, es decir, a Jack, como si fuese una revisión moderna del valiente caballero y su tenaz escudero.

Tennessee es alto, grande y fuerte, y, a pesar de eso, más de una vez, ha acabado con nuestra reserva de guisantes congelados; siempre dice que son mejor que el hielo para ponérselos en el hombro o la rodilla doloridos.

—¿Cuándo es el próximo partido? —inquiero.

—¿Por qué? —me rebate, burlón—. ¿Vas a venir?

Niego con la cabeza, risueña, y la sonrisa de Tennessee se hace más grande. Nunca voy a los partidos. Cuando he dicho que el ambiente de los Lions no me va, hablaba completamente en serio.

—¿Sabes? —continúa—. Estaría bien que mi hermanita pequeña fuese a verme jugar alguna vez.

—Tu hermanita pequeña está contigo moralmente —asevero, veloz— y te manda toda su energía positiva. Además, sé que vas a ser el mejor. No necesito estar allí para comprobarlo.

Él quiere seguir quejándose, pero mi argumento le toca un pelín el corazoncito (y el ego) y acaba por convencerlo.

—Necesito un descanso —anuncia mi padre, deslizándose desde debajo del coche.

Se levanta y, al hacerlo, suelta una especie de gruñido.

—Papá, te estás haciendo mayor —bromeo, y no puedo evitar que se me escape una risilla al final.

Él, ya incorporado, me observa mientras se limpia las manos en el trapo que descansaba junto al motor del Chevrolet Chevelle.

—¿Eso crees? —pregunta.

—Sí —respondo con cero remordimientos, sin dejar de sonreír.

—Voy a por algo de beber —explica—. Tal vez la mascota del profe de literatura quiera algo —me la devuelve.

Abro la boca, completamente alucinada, a la vez que, a mi lado, Tennessee se muere de risa.

Mi padre sonríe, burlón, y echa a andar hacia la casa.

—Pareéis padre e hijo de verdad —protesto, echando el cuerpo hacia delante y alzando la voz para que pueda oírme.

Le dedico un mohín a mi padre, que él rebate con una sonrisa, y gira hacia la entrada de nuestra casa, desapareciendo de mi vista.

Con una nueva sonrisa en los labios, me dejo caer de nuevo contra el coche. De pronto recuerdo precisamente la clase de literatura de hoy. Observo a Tennessee, cuyas carcajadas empiezan a calmarse, dejando una expresión risueña en su cara.

—¿Puedo preguntarte algo? —demando.

—Lo que quieras —acepta sin pensar.

Sonrío. Por eso de verdad somos como hermanos.

—¿Cómo es ser como vosotros?

Mi amigo frunce el ceño.

—¿Como nosotros?

—Sí —contesto—, un Lion. Ir a todas esas fiestas, los partidos, ser popular.

Tennessee se toma un par de segundos antes de darme una respuesta.

—Es divertido —sentencia.

Vale. La respuesta que esperaba. Tal vez un poco más concisa, pero claramente específica. Eso me da el valor de plantear la segunda cuestión: quiero que me lleves contigo; quiero que este último año, este último verano, sean diferentes, recordarlos toda mi vida.

Abro la boca dispuesta a pronunciar esas palabras en voz alta, pero Tennessee se me adelanta, interrumpiéndome.

—Pero, como te conozco y sé que hay algo más detrás de esa pregunta, te diré que no es para ti.

Ahora soy yo la que arruga la frente.

—¿Por qué? ¿Crees que no encajaría?

—Sí, pero no por los motivos que tú crees —se apresura a aclarar—. No te imagino bebiendo alcohol antes de tener la edad ni subiéndome a la planta de arriba con un chico en medio de una fiesta. Nunca subas a la planta de arriba con un chico —me advierte, raudo, apuntándome con el índice, haciendo de hermano mayor.

—Déjate de tonterías —farfullo, poniendo los ojos en blanco.

—Hablo en serio —insiste—. Tú eres increíblemente responsable; con toda probabilidad, la chica más responsable que conozco. Claro que podrías ir a cualquier fiesta, es solo que no creo que sea tu ambiente. Lo tuyo son los libros y ser superinteligente.

—¿Me estás diciendo que soy una friki? —inquiero.

Tennessee achina los ojos al tiempo que ladea suavemente la cabeza a un lado y al otro, buscando la respuesta adecuada.

—Sí —dice al fin—, pero es un cumplido. Cuando trabajes en la NASA, te alegrarás de no haber perdido el tiempo en fiestas o de no haberte chamuscado las neuronas con cerveza mala.

Pierdo la mirada al frente, pensativa, al tiempo que suelto un suave suspiro. Está claro que Tennessee no va a ser mi aliado en esto. Se toma lo de hermano mayor/hermanita pequeña muy en serio.

—Supongo que tienes razón —cedo.

Porque, seamos sinceros, una parte de mí realmente lo piensa. No tengo ningún problema con cómo soy; es más, me gusta muchísimo y no me avergüenzo ni me arrepiento ni tampoco quiero cambiar... es solo una pequeña combinación. Ser la chica que adora la fotografía y los libros y que se marchará a Berkeley con unas notas espectaculares, ser la chica que trabaja un turno cada sábado y domingo en el D'Abruzzo para ayudar con las facturas y ahorrar algo de dinero, y también ser la chica que pasó un verano inolvidable. ¿Por qué no? El señor Casavettes lo ha dicho: nada está decidido.

—Hazme caso —asevera Tennessee—. Nada de fiestas. Nada de alcohol. Y nada de chicos.

¿Qué os decía? Un hermano mayor en toda regla.

—Entendido, teniente.

—Me siento más cómodo con el término comandante —replíca, fingiéndose de lo más filosófico.

Yo quiero mandarlo al diablo, pero otra vez me acaba ganando la partida y termino sonriendo, gesto que se contagia de inmediato en sus labios.

—Eres lo peor —repito mi propia frase.

Y, como la primera vez, solo consigo que su sonrisa se ensanche.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—No puedo —me explica—, pero nos vemos mañana en el insti.

—No faltes a historia —le recuerdo, y ahora soy yo quien lo apunta con el índice.

—Eres una hermanita pequeña muy tocapelotas.

Frunzo los labios, sin levantar mis ojos de él.

—He tenido un gran maestro.

Tennessee vuelve a cabecear para disimular que está sonriendo al tiempo que se levanta.

—Está bien —claudica a regañadientes, tendiéndome la mano y levantándose como si no pesara nada, cosa que, claramente, no es verdad—, no faltaré.

—Prométemelo —le ordeno.

—Palabra.

Sonrío. Es un jugador excelente y estoy segura de que conseguirá una beca por ello, pero pueden pasar muchas cosas y necesita tener un plan B. Además, ninguna universidad lo querrá si no logra aprobar.

Me despido de Tennessee y entro en casa. Mi padre ya está preparando la cena, así que, después de dejar mis libros y quitarme los zapatos, adoro estar descalza, me convierto oficialmente en su pinche.

—Estoy agotada —dice mi tía entrando en casa, aún con el uni-

forme del Red Diner, uno de esos clásicos de color salmón con el delantal blanco a juego.

—Ya tenemos lista la cena —le anuncio—. Solo tienes que sentarte.

—Macarrones boloñesa y patatas al horno —especifica mi padre.

Mi tía sonríe, encantada, y camina con ese gesto en los labios hasta nosotros. Yo dejo la fuente con las patatas en el centro de la mesa y ocupo mi asiento.

—Sois los mejores —asegura.

Mi tía deja el bolso y se dispone a imitarme, pero las dos nos damos cuenta a la vez de que falta la jarra con agua helada que siempre guardamos en la nevera. Hago el ademán de levantarme, pero ella me frena alzando la mano suavemente.

—Yo me ocupo, cielo —me convence, encaminándose al frigorífico.

Sin embargo, cuando solo ha avanzado unos pasos, es mi padre quien la intercepta y, con un gesto de cabeza, le señala la mesa.

—Siéntate —le ordena—. Me ocupo yo.

Ella vuelve a sonreír y, sin pensárselo dos veces, se acomoda en su sitio. La familia Miller-Costa no tiene problemas económicos, pero, si queremos seguir sin tenerlos, todos debemos aportar. Mi padre, con su trabajo como contratista; mi tía, con el suyo en la cafetería, y yo, en el restaurante los fines de semana. Gracias a Dios, la universidad no será un problema. Berkeley me ha ofrecido una beca completa.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me pregunta mi tía cuando apenas llevamos unos minutos comiendo.

—Bien, como siempre —respondo.

—Es la mascota del profesor —comenta mi padre con una sonrisilla.

Yo vuelvo a abrir la boca, indignada y divertida a partes iguales. ¿Cómo se ha atrevido a repetirlo?

—Papá —me quejo.

—¿De qué profesor? —inquieta, curiosa, mi tía.

Y ahora a quien miro es a ella. ¡No puede seguirle el juego!

—Tía... —protesto de nuevo.

—Del señor Casavettes, literatura —la informa mi padre.

—Qué monada —comenta mi tía, haciendo un mohín con los labios— y qué pringada —añade con rapidez, bromeando y echándose a reír, exactamente como mi padre.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —replico, boquiabierta.

—Yo he pensado lo mismo —suelta mi padre, pasándolo de cine a mi costa.

—Veo que sois muy amiguitos —planteo—. Seguro que en el instituto erais los reyes de los pringados.

—Indiscutiblemente —afirma mi tía, con el eco de la risa aún en su voz.

—Sobre todo tú —la pincha mi padre.

—¿Cómo? —replica ella, sorprendida—. Tú eras el rey de los pringados.

Mi padre niega con la cabeza, burlón.

—En tercer curso, una pelota de béisbol le golpeó en el culo en un entrenamiento. Se pasó dos semanas tumbado bocabajo y, cuando por fin regresó al instituto, caminaba como un pato y... —añade, como si acabase de recordar lo mejor—... así intentó convencer a tu madre de que lo acompañara al baile. Ella le respondió que no salía con animalitos de granja.

¿Qué? Las dos rompemos a reír mientras mi padre tuerce los labios.

—Muy graciosa —empieza a decir mi padre como antesala de su venganza—. Tu tía llevó aparatos todo el segundo curso.

Yo vuelvo a romper a reír mientras esta le dedica un mohín.

—Como le avergonzaba que la vieran comer, se pasó todo un año almorzando debajo de las gradas del gimnasio.

Ella sonrío, pero es un gesto diferente; sigue siendo divertido, pero se llena de nostalgia y también de algo muy bonito.

—Y tú lo hiciste conmigo cada día —le recuerda ella.

Mi padre también sonrío.

—No quería que estuvieses sola.

Yo también sonrío. Mis padres se conocieron en el instituto de

Houston, donde estudiaban secundaria. Iban al mismo curso. Mi padre se coló por mi madre en el primer segundo en que la vio: amor a primera vista. Por casualidad, conoció a mi tía, un año menor, y se hicieron amigos sin saber que era la hermana pequeña de la chica por la que estaba colado. Me gusta pensar que da igual cómo acabara la historia con mi madre; los tres, de alguna manera, estaban predestinados, como si se completasen los unos a los otros.

—Lo que yo diga, erais superamiguitos —me reafirmo en mi teoría.

—Sí —responde mi padre observando a mi tía, y esa nostalgia sigue ahí—. Lo éramos.

Mi tía le devuelve el gesto.

—Por lo que cuentas, el señor Casevettes mola muchísimo —apunta ella, llevando su vista hasta mí—. Me alegro de que le guste tenerte como alumna.

Sonrío. A mí también. Es un profesor increíble.

Seguimos hablando de cualquier cosa y, tras un par de minutos, estamos riéndonos otra vez.

Después de fregar los platos, subo a mi habitación, me siento a mi mesa, delante de mi ordenador, y me pongo manos a la obra con mi plan. Voy a vivir un verano alucinante, solo tengo que averiguar cómo.

Sin embargo, más de dos horas después no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo. ¿Cómo transformo mi tranquila existencia en la vida de una estrella del rock? Muerdo mi lápiz y pienso y pienso y pienso... y nada. ¡Qué frustrante!

Tal vez Tennessee tenga razón y sea demasiado responsable para ir de fiesta y ese tipo de cosas.

Resoplo.

Dios mío, soy demasiado responsable para tener dieciocho años.

Dejo caer la frente contra la mesa.

—Qué deprimente.

* * *